

AMOS OZ

Discurso en ocasión del Premio Goethe

Pronunciado por Amos Oz

Frankfurt am Main, 28 de agosto de 2005

Estimados amigos:

Hoy me gustaría hablar de Goethe y del demonio, y de Lotte, y de otra Lotte, y del árbol del discernimiento entre el bien y el mal y, por último, de un cierto placer secreto.

Durante mi infancia en Jerusalén nuestro maestro en la escuela judía ortodoxa nos enseñaba el libro de Job. Actualmente todos los niños israelíes estudian el libro de Job. Nuestro maestro nos decía que Satanás había viajado desde ese libro al Nuevo Testamento y al Fausto de Goethe y a muchas otras obras literarias. Y si bien cada uno de los escritores aportaba algo nuevo al personaje de Satanás, el demonio, der Teufel, él era siempre el mismísimo Satanás: frío, divertido, sarcástico y escéptico. Un destructor de la fe, del amor y la esperanza del hombre.

El Satanás de Job, como el Satanás de Fausto, hace

una apuesta. El precio no es ni un tesoro escondido, ni el corazón de una hermosa mujer, ni siquiera un ascenso en la jerarquía celestial. No: Satanás participa del juego por una especie de urgencia didáctica. Quiere comprobar una aseveración. Demostrar algo y refutar otra cosa. Con un enorme celo argumentativo, el Satanás bíblico y el Satanás de la Aufklärung (la Ilustración) intentan mostrarle a Dios y a sus ángeles que el hombre, cuando puede elegir, siempre opta por el mal. Elige lo malo por sobre lo bueno, a sabiendas y de buena gana.

El Yago de Shakespeare bien podría haberse visto motivado por un celo didáctico muy parecido. Sin duda, se podría decir lo mismo de casi todos los grandes malvados de la literatura mundial.

Tal vez por eso Satanás es a menudo tan encantador. Tan seductor. Es posible que John Milton haya malin-

terpretado al demonio cuando lo llamó "la serpiente del infierno". Heinrich Heine tenía razón cuando escribió:

I call'd the devil, and he came,
And with wonder his form did I closely scan;
He is not ugly, and is not lame,
But really a handsome and charming man.
A man in the prime of life is the devil,
Obliging, a man of the world, and civil;
A diplomatist too, well skill'd in debate,
He talks quite glibly of church and state.

El hombre y el demonio se entendían tan bien porque, en cierta forma, eran parecidos. En el libro de Job, Satanás, el perverso educador, comprendió íntimamente cómo el dolor humano engendra el mal: "alarga la mano ahora y toca todo lo que él tiene, y él te insultará en la cara". Y las brujas de Shakespeare en Macbeth podían percibir la llegada de un hombre malvado desde lejos: "Siento una picazón en el pulgar; algo malo se acerca". Goethe, por su parte, observó que el demonio, al igual que tantos seres humanos, es sólo un encantador egoísta. "Der Teufel ist ein egotist." El demonio es egoísta. Sólo ayuda a los demás para alcanzar sus propios fines. No por el mero acto de bondad, como dirían Dios y Kant.

Y por eso, desde el libro de Job y hasta no hace mucho tiempo, Satanás, el hombre y Dios vivían en la misma familia. Los tres parecían conocer la diferencia entre el bien y el mal. Dios, el hombre y el demonio sabían que el mal era malo y que el bien era bueno. Dios comandaba una de las opciones. Satanás seducía para que se optara por el mal. Dios y Satanás jugaban sobre el mismo tablero de ajedrez. El hombre era su pieza. Tan sencillo como eso.

En lo personal, creo que todos los seres humanos, en lo profundo de su alma, son capaces de distinguir el bien del mal. Incluso cuando fingen no poder hacerlo. Todos hemos comido del árbol del Edén cuyo nombre completo es el árbol del discernimiento entre el bien y el mal. Etz ha-da'at tov va-ra.



Foto: Gentileza Editorial Siruela. Amos Oz.



La misma distinción se puede aplicar a la verdad y a la mentira: así como es sumamente difícil definir la verdad y, sin embargo tan fácil oler una mentira, a veces suele ser difícil definir el bien; pero el mal tiene un olor inconfundible: todos los niños saben lo que es el dolor. Por eso, cada vez que le causamos dolor a alguien, sabemos lo que hacemos. Hacemos el mal. Pero la edad moderna ha cambiado todo eso. Ha desdibujado la clara distinción que la humanidad hizo desde sus primeros años de vida, desde el Jardín del Edén. En algún momento del siglo XIX, no mucho después de la muerte de Goethe, ingresó en la cultura occidental un nuevo pensamiento que desechó el mal y negó su misma existencia. Esa innovación intelectual se llamó Ciencias Sociales. Para los nuevos profesionales de la psicología, la sociología, la antropología y la economía, todos ellos confiados en sí mismos, exquisitamente

dos por la idea de que las circunstancias siempre son responsables de las decisiones humanas, de las acciones humanas y en especial, del sufrimiento humano. La sociedad tiene la culpa. La infancia dolorosa tiene la culpa. El entorno político tiene la culpa. Y el colonialismo. Y el imperialismo. Y el sionismo. Y la globalización. Y todo lo demás. Así comenzó el gran campeonato mundial de la victimización. Por primera vez desde la aparición del libro de Job, el demonio se encontró sin trabajo. Ya no podía jugar su antiguo juego con las mentes humanas. Satanás fue despedido. Esta era la edad moderna. Bueno, es posible que los tiempos estén cambiando otra vez. Tal vez lo hayan despedido a Satanás, pero no se quedó sin empleo. El siglo XX fue el peor escenario del impiadoso mal en la historia de la humanidad. Las ciencias sociales no predijeron, ni encontraron, ni si-

pa. Las víctimas son, por definición, moralmente puras. ¿Se dieron cuenta de que hoy el demonio nunca parece corporizarse en ninguna persona en particular? Ya no tenemos Faustos. Según el discurso de moda en la actualidad, el mal es un conglomerado. Los sistemas son malvados. Los gobiernos son malos. Instituciones sin rostro gobiernan el mundo para su propio beneficio siniestro. Satanás ya no está en los detalles. Los hombres y las mujeres en su individualidad no pueden ser "malos", en el antiguo sentido del libro de Job, o de Macbeth, de Yago o de Fausto. Usted y yo somos siempre muy buena gente. El demonio siempre es el establishment. Esto, en mi opinión, es populismo ético. Consultemos a nuestro más talentoso asesor, der Geheimrat Johann Wolfgang von Goethe. Observemos su East-West Divan (Diván Oriente-Occidente), uno de los primeros grandes homenajes de la cultura occidental a su propia curiosidad y atracción por Oriente. ¿Era Goethe un "orientalista" condescendiente, como podría decir Edward Said? ¿D era Goethe un multiculturalista, al estilo de los actuales europeos cargados de culpa que alaban sin sinceridad todo lo distante, todo lo diferente, todo lo que es decisivamente no europeo?



Creo que Goethe no era ni orientalista ni multiculturalista. No era el extremo exotismo imaginario de Oriente lo que lo tentaba, sino la fuerte y fresca sustancia que las culturas orientales, la poesía y el arte oriental le pueden brindar a las verdades y sentimientos humanos universales. El bien y, sin duda Dios, son universales.

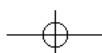
God is of the east possess'd,
God is ruler of the west;
North and South alike, each land
Rests within His gentle hand.

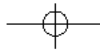
racionales, optimistas y con una base totalmente científica, el mal no era un problema. Y si se lo pensaba, tampoco lo era el bien. Hasta el día de hoy, ciertos científicos sociales simplemente no hablan del bien y del mal. Para ellos, todos los motivos y actos del hombre derivan de circunstancias que a menudo están más allá de su control. "Los demonios", decía Freud, "existen tanto como los dioses; son sólo el producto de la actividad psíquica del hombre". Nuestro entorno social nos controla. Desde hace unos cien años nos vienen diciendo que lo único que nos motiva es el interés económico, que somos meros productos de nuestras culturas étnicas, que no somos más que marionetas de nuestro subconsciente. En otras palabras, las ciencias sociales modernas fueron el primer intento importante de barrer del escenario humano tanto al bien como al mal. Por primera vez en su larga historia, el bien y el mal se vieron domina-

quiera comprendieron este mal moderno y altamente tecnologizado. Muchas veces, este mal del siglo XX se disfrazó de reforma mundial, de idealismo o de reeducación de las masas para "abrirles los ojos". El totalitarismo se presentó como la redención secular para algunos, a expensas de millones de vidas. Hoy, después de haber resurgido del mal de los regímenes totalitarios, tenemos un enorme respeto por las culturas. Por la diversidad. Por el pluralismo. Sé que hay personas dispuestas a matar a cualquiera que no sea pluralista. El post-modernismo contrató de nuevo a Satanás para hacer su trabajo; pero esta vez, el puesto que se le ofrece raya en lo popular: un pequeño puñado secreto de "fuerzas sombrías" siempre tienen la culpa de todo, desde la pobreza, la discriminación, la guerra y el recalentamiento global hasta los atentados del 11 de septiembre y del tsunami. La gente común siempre es inocente. Las minorías nunca tienen la cul-

Aún más, el amor es universal, ya sea el amor hacia Gretchen o hacia Zuleika. Así es como un poeta alemán bien puede escribir un poema de amor para una mujer persa imaginaria. O para una real. Y decir la verdad. Y más conmovedor aún, el dolor es universal. Como dice uno de los más bellos poemas del Diván Oriente-Occidente:

LET ME WEEP
Let me Weep, hemmed-in by night,
In the boundless desert.
Camels are resting, likewise their drivers,
Calculating in silence the Armenian is awake;
But I, beside him, calculate the miles
That separate me from Zuleika, reiterate
The annoying bends that prolong journeys.
Let me weep. It is no shame.
Weeping man are good.





Didn't Achilles weep for his Briséis?
 Xerxes wept for his unfallen army,
 Over his self-murdered darling
 Alexander wept.
 Let me weep. Tears give life to dust.
 Already it's greening.

Goethe no convoca a Oriente para demostrar nada. Toma en serio a los seres humanos en su totalidad. En Oriente o en Occidente, los hombres buenos lloran. Me gustaría hacer una pausa aquí con ustedes para llorar por Johann Wolfgang von Goethe. Quisiera llorar por Weimar. Porque el Weimar de Goethe se fue para siempre. Incluso el Weimar de Thomas Mann se fue y no puede volver. No quiero decir que hoy Weimar no sea una bonita ciudad histórica totalmente renovada. Pero Weimar hoy descansa al otro lado del bosque desde Buchenwald. Podemos lamentar que nos abandonen los recuerdos, que se nos borre un paisaje, que los viejos pueblos crezcan y cambien. Pero no es esto lo que lamentamos en el Weimar de Goethe. No fue el paso del tiempo sino la extrema y total maldad del hombre lo que nos apartó del Weimar de Goethe.

Thomas Mann, en su novela *Lotte en Weimar*, hizo que Charlotte Kestner, que había sido Lotte Buff, la amada del joven Werther en la vida real, fuera a Weimar a visitar al viejo y famoso Goethe. *Lotte en Weimar* es un estudio exquisito del lento desvanecimiento del recuerdo: incluso mientras Goethe aún vivía, el viejo Goethezeit (Goethe-tiempo) ya se estaba escurriendo para convertirse en material de leyenda. Eso es normal: así es como fluyen y se alejan la vida y los recuerdos del hombre, los hogares y las calles del hombre, mientras la historia avanza.

Pero Goethe y su viejo amor Lotte aún podían caminar juntos hacia el bosque en las afueras de la ciudad de Weimar y observar el feliz y tranquilo paisaje de la campiña turingiana. Y tal vez podían llegar hasta el hermoso roble que allí se erguía, conocido durante muchos años como el roble de Goethe. Y los años pasaron y varias generaciones murieron, pero el roble aún estaba de pie. Hasta que un avión aliado lo bombardeó hacia fines de la Segunda Guerra Mundial. Y Weimar se convirtió en la ciudad vecina, el "mercado" del campo de la muerte de Buchenwald.

Y entonces, los nazis alemanes no sólo asesinaron a sus víctimas, sino también la joven inocencia de Weimar, Goethe y Lotte. El subtítulo de *Lotte en Weimar* era *La Amada Regresa*. Pero la amada ya no puede regresar. No para siempre.

Esto me lleva de Lotte Kestner-Buff a otra Lotte, Lotte Wreschner, la madre de mi yerno. Nació aquí, en Frankfurt am Main, 174 años después de Goethe y cerca de su casa. No por nada el nombre Lotte se impuso en su familia: se crió en un hogar lleno de libros, estantes so-

bre estantes de tesoros espirituales alemanes, judíos y judío-alemanes. Schiller y Talmud. Heine y Kant. Buber y Hölderlin. Todos estaban allí. Un tío era rabino, el otro, psicoanalista. Todos sabían la poesía de Goethe de memoria. Los nazis la arrestaron, junto con su madre y su hermana, y las enviaron a Ravensbrück, donde la madre falleció de tifus y agotamiento físico. Ella y su hermana Margrit fueron trasladadas a Theresienstadt. Ojalá pudiera decirles que fueron liberadas de Theresienstadt por pacifistas que portaban pancartas que decían "hagamos el amor, no la guerra". Pero en realidad, fueron liberadas no por idealistas pacifistas sino por soldados combatientes que llevaban cascos y ametralladoras. Nosotros, los pacifistas activistas israelíes, jamás olvidamos este hecho, ni siquiera mientras combatimos contra la actitud de nuestro país hacia los palestinos, ni mientras trabajamos en pos de un tolerable acuerdo de paz entre Israel y Palestina.

Lotte y Margrit Wreschner volvieron a su hogar y se encontraron con todos los libros esperando, pero nadie de la familia. Ni un alma. Margrit Wreschner está sentada aquí con nosotros esta noche. Ella puede atestiguar lo que todos los sobrevivientes de aquel homicidio en masa pueden decir. Hay gente buena en el mundo. Hay gente mala en el mundo. El mal no siempre se puede repeler mediante conjuros, manifestaciones, análisis social o psicoanálisis. A veces, como último recurso, tiene que ser combatido por la fuerza.

En mi opinión, el mal supremo del mundo no es la guerra en sí sino la agresión. La agresión es "la madre de todas las guerras". Y a veces la agresión tiene que ser combatida con la fuerza de las armas para que triunfe la paz.

Lotte Wreschner se instaló en Jerusalén. Finalmente se convirtió en líder del movimiento por los derechos civiles en Israel y ocupó el cargo de subintendente de Jerusalén durante el gobierno de Teddy Kollek. Su hijo Eli y mi hija Fania, que también nos acompañan esta noche, son activistas de los movimientos por los derechos civiles y por la paz, al igual que mis otros hijos, Galia y Daniel.

Permítanme volver a Goethe y a mis sentimientos por Alemania. El Fausto de Goethe nos recuerda para siempre que el demonio es personal, no impersonal. Que el demonio nos somete a cada uno de nosotros a un examen que podemos aprobar o reprobar. Que el demonio tienta y seduce. Que la agresión existe en potencia dentro de cada uno de nosotros.

El bien, el mal personales no son patrimonio de ninguna religión. No son necesariamente términos religiosos. La elección de causar dolor o de no causarlo, de darle la cara o de ignorarlo, de involucrarse personalmente en la sanación del dolor, como un abnegado médico rural, o arreglárselas organizando manifestaciones de protesta y firmando peticiones radicales, este espectro de elecciones se nos presenta a cada uno de

nosotros varias veces al día.

Por supuesto, de vez en cuando nos equivocamos. Pero incluso cuando nos equivocamos, sabemos lo que hacemos. Conocemos la diferencia entre el bien y el mal, entre causar dolor y curar, entre Goethe y Goebbels. Entre Heine y Heydrich. Entre Weimar y Buchenwald. Entre la responsabilidad individual y la frivolidad colectiva.

Estimados amigos: permítanme concluir con otro recuerdo personal. Era yo un niño muy nacionalista, hasta diría chauvinista en la Jerusalén de la década de 1940, cuando juré no pisar jamás suelo alemán, jamás comprar siquiera algún producto alemán. Lo único que no pude boicotear fueron los libros alemanes. Si boicoteas los libros, me decía a mí mismo, eres un poco como "ellos". Al principio me limité a leer literatura alemana anterior a la guerra y a los escritores antinazis. Pero más tarde, en la década de 1960, comencé a leer, traducidas al hebreo, las obras de la generación de escritores y poetas alemanes de la posguerra. En particular, las obras de los escritores del Grupo de los 47. Me hacían imaginarme en su lugar. Lo diré más claramente: me seducían de tal forma que me imaginaba en el lugar de ellos, allá en los años negros, apenas antes de los años negros, y poco tiempo después. Luego de leer a estos autores y a otros, ya no podía seguir odiando simplemente todo lo que era alemán, pasado, presente y futuro.

Creo que imaginar al otro es un poderoso antídoto contra el fanatismo y el odio. Creo que los libros que nos hacen imaginar al otro nos vuelven más inmunes a las jugarretas del demonio, incluso las del demonio interior, el Mefisto del corazón. Así, Günter Grass y Heinrich Böll, Ingeborg Bachmann y Uwe Johnson y, en particular, mi amado amigo Siegfried Lenz, me abrieron la puerta a Alemania. Ellos, junto con algunos amigos alemanes muy queridos, me hicieron romper con mis tabúes y abrir la mente y, finalmente, mi corazón. Ellos me volvieron a presentar los poderes sanadores de la literatura. Es en gran parte gracias a ellos que estoy ante ustedes esta noche.

Imaginar al otro no es sólo una herramienta estética. Es también, en mi opinión, un gran deber moral. Y por último, imaginar al otro —sí me prometen que no van a citar este pequeño secreto profesional—, imaginar al otro es también un profundo y muy sutil placer humano.

Muchas gracias.
 Amos Oz 2005

Traducción: Sonia Castelli.

